

The background of the book cover is a dense, repeating pattern of red botanical illustrations on a light beige background. The illustrations include various plants, leaves, flowers, and fruits, some labeled with numbers and letters (e.g., 15, 12, 13, 14, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100). The illustrations are detailed and show various stages of plant growth and different parts of the plants.

MARÍA LOBO

Tierra acostumbrada

El paisaje de provincias
en el imaginario latinoamericano

SECCIÓN DE OBRAS DE LENGUA Y ESTUDIOS LITERARIOS

TIERRA ACOSTUMBRADA

MARÍA LOBO

TIERRA ACOSTUMBRADA

*El paisaje de provincias
en el imaginario latinoamericano*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2025

Lobo, María

Tierra acostumbrada : el paisaje de provincias en el imaginario latinoamericano / María Lobo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2025.

135 p. ; 14 × 21 cm. - (Lengua y Estudios Literarios)

ISBN 978-987-719-617-7

1. Crítica Literaria. 2. Estudios Literarios. 3. América Latina. I. Título.

CDD A860

Distribución mundial

D.R. © 2025, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina

www.fce.com.ar

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Armado de tapa: Juan Pablo Fernández

Diagramación de interior: Silvana Ferraro

Corrección: Leonardo Berneri y Luz Azcona

Edición al cuidado de Marina D'Eramo y Yanina Gómez Cernadas

ISBN: 978-987-719-617-7

Se terminó de imprimir en octubre de 2025 en Buenos Aires Print,

Sarmiento 459, Lanús, Buenos Aires, Argentina.

La tirada fue de 1.000 ejemplares.

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice

<i>Respirar</i>	13
<i>Desnombrar</i>	17
<i>Imaginar</i>	25
<i>Dibujar</i>	27
<i>Lírica</i>	35
<i>Costumbrismo</i>	37
<i>Secuestro</i>	43
<i>Blanco</i>	45
<i>Tranquilizar</i>	47
<i>Conciencia</i>	49
<i>Tierra acostumbrada</i>	53
<i>Olimpo</i>	55
<i>Canon</i>	57
<i>Peso</i>	63
<i>Levedad</i>	65
<i>Fantaseo</i>	75
<i>Cristalización</i>	87
<i>Aftermath</i>	97
<i>Constelaciones lejanas</i>	107
<i>Tokyo-Ga</i>	125
 <i>Agradecimientos</i>	 133

A Juan

Se le estaba olvidando
su propio bengalí.

JHUMPA LAHIRI,
Tierra desacostumbrada

Respirar

AMÉRICA Latina, ¿acaso te has convertido en ese lugar a donde respirar es difícil? Porque eso es lo que dicen tus libros. Estás narrada, América, en cuentos que comienzan de ese modo. Dicen que es difícil respirar en el norte húmedo de Argentina. Dicen que allí la naturaleza es pura hostilidad.

Te lo pregunto, América Latina, ¿tu territorio es un encadenado de pueblos? ¿No existen las ciudades allí?

Si las ciudades existen, entonces nosotros, escritores y escritoras de estas tierras, no las escribimos. Vivimos en ciudades de asfaltos y de edificios: cientos de edificios. Cielos atravesados por cables y por señales invisibles que nos conectan a las redes del pensamiento. Transitamos estas urbes de lo vertical —algunas más hacia lo infinito, otras a media altura—. Pantallas. Habitamos, a toda escala, las transacciones del dinero. Y, sin embargo, cuando tenemos que contarte, hablar acerca de este punto del tiempo en el que estás ahora, cuando los siglos posteriores a la Conquista han transcurrido; si acaso debemos hablar de este lugar en el que te has convertido —esta gran ciudad proyectada desde la madre patria que, sin embargo, pese a los planes originales ha parido una ciudad otra, compleja en su resultado—; cuando tenemos que narrarte, tierra nuestra de América Latina, escribimos siempre lo mismo. Lo hacemos todo el tiempo. Es la narración que parece empecinada en no desaparecer de nuestros libros.

Dice, esa narración.

Parece decir.

Insiste en decir.

América Latina no es un conglomerado de ciudades.

América Latina es una sucesión de pueblos.

Pueblos peligrosos.

Y allí están los lugares que elegimos para construir la América Latina de lo narrado. Parajes desolados. Bosques a donde las personas van a perder la memoria o pueden convertirse en monstruos. Pueblos inhóspitos. Rutas desiertas. Casas en cuyo interior se acumulan cadáveres. Muertos apilados. Mucho polvo, mucha siesta. Y el calor. Es lo que las autoras y los autores elegimos contar: situamos las historias de los seres de estas tierras no en las ciudades donde vivimos y desde donde escribimos, sino en ese territorio que nos queda lejos. Narramos nuestro continente como una sucesión de vidas que transcurren en el campo. Somos escritores y escritoras de utopías rurales, citadinos que escribimos sobre lo que suponemos, y eso que suponemos está en otro lugar que no es el nuestro. No contamos nuestras ciudades. Contamos el campo. No sabemos cómo llamar la atención del mundo. Y entonces te contamos, América Latina, como si toda tu extensión territorial fuera sinónimo de lo rural y narramos lo rural como equivalente del atraso. Una zona rural en la que parece no existir la hiperconexión. Hemos arrancado de nuestras narraciones el hecho crucial de que vivimos en una cultura del capital, allí donde sea que estemos. Estepas: escribimos las estepas. Lugares donde no hay más que una gran mata de arbustos secos. Escribimos las rutas, los parajes, los bosques. Y escribimos que todos esos espacios son lugares en los que las personas estamos en peligro.

No puedo más que preguntarte, América Latina, ¿te has convertido en una sucesión de pueblos peligrosos? Acaso, ¿esos pueblos son habitados por asesinos? Porque así es como lo dicen

esos cuentos que nos contamos. Allí, en esos lugares escritos donde es difícil respirar o vivir, las personas morimos a manos de los otros, esos salvajes que habitan en los pueblos. Si te has desplazado de la capital, si has decidido internarte en estos escenarios no capitales: entonces estás muerto. Morirás. Morirás a manos de un salvaje: ese es tu destino. Es lo que te sucederá si sales de la ciudad y avanzas hacia la estepa. Eso es lo que narramos en nuestros cuentos. Es lo que escribimos cada vez que nos toca el turno de narrarte. Decimos pueblo, decimos peligro. Decimos que solo escapando de ese lugar —del campo, del paraje, de la estepa—, solo huyendo de ese espacio salvaje podemos salvarnos.

Y allí están los habitantes de ese espacio creado arbitrariamente que intentamos hacer pasar como si esos escenarios imaginados fueran lo único que existe en nuestro territorio. Mecánicos que escupen en la primera escena de un libro. Personajes que se mueven en *sulkys*, abuelos que beben en jarras los vinos. Fiestas populares en las que solo se escucha la cumbia como única posibilidad de trasfondo. Ristras de ajo, culebras, olor a fuego. Hombres que se llaman Ayala y que usan sombreros, se comportan de modo seco y fuman cigarrillos armados. Hombres que, si no se los mira, se echan a vagos. Mujeres que se deslizan hacia ambos lados del estereotipo. Algunas, desesperadas porque se sienten engañadas por sus hombres; otras pueden ser mujeres trabajadoras o chicas perdidas; mujeres hartas del campo. Narramos a tus hombres y mujeres, América Latina, como personas cansadas de sus territorios rurales arrasados. Ellas y ellos, América, en esas narraciones que escribimos, se quieren ir a la ciudad. Nuestros cuentos y novelas cuentan esa historia. La de esas personas que quieren irse a la capital porque las ciudades son mejores.

Personas que habitan detrás de las fronteras de la ciudad.

Personas que hacen la violencia.

Lo inquietante, lo horroroso.

Te narramos, América Latina.
Tus habitantes hacen exactamente lo que imaginamos.

Nos contamos ese cuento.
Luego lo hacemos película.
Y allá vamos.

Desnombrar

DICEN que esos cuentos hablan de nosotras y nosotros.
Del lugar que habitamos.

Te lo pregunto, América Latina.
Porque desconfío de mis propios ojos.
¿Dónde están esos hombres llamados Ayala en estado puro?
Y las ristras y los ajos.
¿Acaso no son edificios de media altura lo que veo?
Y almacenes: veo almacenes en las esquinas.
Y cables y televisores.
Y teléfonos.
Y personas en estado de transición.

Te lo pregunto porque esos libros dicen hablar de tus tristezas.
Pero yo recorro tus mapas y veo ciudades.
Injertos sobre injertos.
Culturas sobre capas geológicas de culturas.
Cruces de universos.
Pensamientos que se nos escapan.
Estructuras del capital.
Veo un mundo atravesado.

En su *Sumario de plantas oficiosas*, Efrén Giraldo cuenta acerca de un árbol que está plantado en el campus de la universidad en la que él da clases desde hace once años. Es un *hibakujumoku*. No es un árbol cualquiera: los *hibakujumoku* son los que lograron

sobrevivir al bombardeo de Hiroshima. Sin embargo, aunque ese árbol ha estado en esos jardines a lo largo de todo ese tiempo, Efrén no lo había visto nunca. Cae en la cuenta de que ese árbol habita su mismo territorio por pura casualidad, a través de un artículo que le envía una amiga mientras atraviesan la cuarentena por la pandemia del coronavirus; el texto relata que esos sobrevivientes siguen floreciendo “inclinados hacia el epicentro, como si aún quisieran señalar la herida de la inequidad”. El correo lo sacude, Efrén se interroga a sí mismo:

Ignoro por qué no he visto el árbol, un alcanforero (*Cinnamomum camphora*), ni por qué la noticia de su arribo ha pasado desapercibida. Me pregunto cuántas veces habré caminado frente a él, si le han puesto atención, si lo tienen fundido en la masa informe de hojas y bosque que se ha vuelto paisaje cada vez que cruzo por los jardines. Anoto en algo parecido a un inicio de diario que ese árbol es hermano de Kamou no Ohkusu, el alcanforero más viejo de Japón, que su tronco mide veinticinco metros de diámetro y que su entorno fue declarado monumento nacional en 1952. Este hijo de la terquedad, viajero ancestral desde lo oscuro, me inquieta, pues a causa de la imposibilidad de ir al campus sigue siendo imaginario.

Y dice, también:

Quizá toda flora, aun la que vive en nuestra cabeza, merece nuestro cuidado [...] Stefano Mancuso, un pionero en neurobiología de las plantas, y quizás el más activo divulgador de la botánica, da el título de *El increíble viaje de las plantas* a uno de sus libros, en el que muestra cómo la hibridez y la seducción son los principales salvoconductos de las plantas para cruzar por las fronteras sin ningún tipo de permiso. La idea de que lo importante no requiere una venia de la autoridad es, en este momento, una de las lecciones que se pueden extraer de las invasiones vegetales que se dan en los espacios ahora libres de humanos.

Leo tus cuentos, América.

Los que te narran como un territorio extraño, ruralizado.
Libros que no parecen detenerse frente a un árbol.
Esas historias que no se preguntan qué es lo que no han visto.
El cuento del árbol.
No el de la naturaleza.
No el de las huellas de la cultura del capital.
Esas huellas que han cruzado las fronteras, los siglos.
Como las plantas, que han usado la hibridez y la seducción
como salvoconducto.

Camino por tus calles, territorio americano. Sobrevuelo tus federaciones. Las ciudades capitales y las provincias que se abren a tu alrededor como anillos fluorescentes. Y, de repente, se aparece frente a mí un cuento distinto. La historia de un territorio que es, también y sobre todo, un entramado de ciudades y no esa cadena interminable de pueblos que se escriben en tus libros.

Dice José Luis Romero, en la introducción a *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*:

Ciertamente, la ciudad no ha desempeñado el mismo papel en todas partes. Brasil constituye un caso extremo, en el que los procesos sociales y culturales pasan fundamentalmente por las áreas rurales durante los primeros siglos de la Colonia; y en menor medida ocurre lo mismo en algunos sectores de área hispánica, donde la presencia de las grandes haciendas nacidas del régimen de la encomienda asume caracteres predominantes. Pero aun en esas zonas las ciudades llegaron a alcanzar con el tiempo la significación que en otras áreas hispánicas tuvieron desde el comienzo mismo de la colonización, acaso porque Latinoamérica se había constituido a partir del siglo XVI como una proyección del mundo europeo, mercantil, burgués. Vigorosos centros de concentración de poder, las ciudades aseguraron la presencia de la cultura europea, dirigieron el proceso económico, y sobre todo, trazaron el perfil de las regiones sobre las que ejercían su influencia y, en conjunto, sobre toda el área latinoamericana. Fueron las sociedades urbanas las

que cumplieron este papel, algunas desde el primer día de la ocupación de la tierra, y otras luego de un proceso en el que sometieron y conformaron la vida espontánea de las áreas rurales.

La historia de Latinoamérica, naturalmente, es urbana y rural. Pero si se persiguen las claves para la comprensión del desarrollo que conduce hasta su presente, parecería que es en sus ciudades, en el papel que cumplieron sus sociedades urbanas y las culturas que crearon, donde hay que buscarlas, puesto que el mundo rural fue el que se mantuvo más estable y las ciudades fueron las que desencadenaron los cambios partiendo tanto de los impactos externos que recibieron como de las ideologías que elaboraron con elementos propios y extraños.

Camino por estas calles, las de tu territorio adentro. Transito las estructuras de tus provincias y veo ciudades, América Latina. Porque eso es lo que somos. Un encadenado de ciudades. Hay una ciudad en cada rincón donde sea que exista un almacén. Ciudades con sus estructuras culturales del capital al infinito. Ciudades que han penetrado incluso en nuestros territorios rurales.

Es este el cuento que habito.

La madre patria imaginó su imperio colonial como ese encadenado de ciudades. Romero:

España afirmaba una misión que debía realizar un grupo compacto, una sociedad nueva que mantenía sus vínculos y velaba por el cumplimiento de aquella. Era una misión que sobrepasaba el objetivo personal del enriquecimiento y la existencia del encomendero. Debían cumplirla todos, y el instrumento que se puso en funcionamiento fue la ciudad.

La ciudad como instrumento para cumplir la misión de la conquista. Ese cuento que habito me susurra aquellos secretos que recorren las páginas de este libro. Fue elegida —la ciudad, en su forma— porque era ese el espacio que ayudaría a difundir lo

europeo. Tal vez la ciudad no sea un lugar físico, sino un modo de ser. Allí las personas pueden ensamblarse en un todo compacto, perder lo propio y mutar hacia la homogeneidad. La ciudad como el territorio donde las personas, perdidas entre multitudes que no abarcan sus ojos, están dispuestas a aceptar lo establecido y a perder la identidad.

La ciudad era el plan.

Y entonces se extendieron las ciudades.

Pienso en esta síntesis que extraigo de las páginas de Romero.

La llamada ciudad hidalga, de una urbanidad compleja entre la ideología de lo europeo y la realidad de la *americanía*: un espacio en pie de guerra por la amenaza indígena, ciudades construidas como fuertes para protegerse de ese peligro inminente que provenía de aquello que estaba detrás de las fronteras —el autóctono, el salvaje—, porque así como se defiende, la ciudad hidalga también ataca. Por sus calles transitan ya los ciudadanos —los correctos— y los pobres —los salvajes, los indios—, esos sujetos que experimentan el complejo enlace entre lo propio y lo adquirido. Pienso en la ciudad hidalga, América, como una avenida de tierra en la que se suceden los procesos de sometimiento, de sumisión.

Con la ciudad criolla, en el siglo XVIII, deviene una nueva emergencia: la división entre lo urbano y lo rural. Y la aparición de ese entramado complejo de las burguesías que habitan las tierras de América Latina. Las burguesías hidalgas ahora son criollas. Habitan en las ciudades centrales. Ven en las ciudades la única posibilidad de alcanzar la civilización. Las burguesías rurales, en cambio, están en las provincias y tienen cierta desconfianza del poder civilizatorio de la ciudad. Y entre esas dos obsesiones, las calles urbanizándose y un pueblo que transita. A un lado y otro de esas burguesías existe un fenómeno físico que es innegable, América Latina: ya en las ciudades, o ya en las provincias, lo que se está levantando en altura es una gigantesca ciudad. Al otro lado del

océano, a miles de kilómetros de la ciudad original. Ladrillo a ladrillo, cuadra a cuadra, las geografías se transforman en proyectos al cielo. Se edifica, en esas alturas —almacén a almacén, fábrica a fábrica, transacción a transacción—, la cultura del capital.

Y luego sobreviene el siglo XIX y las burguesías criollas, sujetos en mutación constante, ahora son patricias. La imitación de lo europeo llevado a su máxima expresión. No importa el nombre: ellas y ellos siguen sintiéndose llamados a civilizar. Y entonces tienen un problema las burguesías criollas de las capitales: para extender su dominio, están obligadas a invisibilizar a las burguesías de las provincias. Tienen temor. Porque esas burguesías —esas ciudades que se han expandido en todo el territorio, América Latina—, esos centros urbanos de provincias existen. Y entonces las burguesías de las capitales van a pergeñar. Hubo guerras. Pero hubo, sobre todo, un plan. Desnombrar a las provincias. Hacer de cuenta que eso que está más allá de las capitales no son ciudades. Que los edificios de provincia, entonces, sean más bajos. Que las ciudades conserven la estructura indispensable para que las transacciones del capital sean posibles. Que el capital suceda, pero que no se note. Que las escalas sean siempre menores. Detener esas ciudades. Desnombrar y nombrar a las provincias al antojo de las capitales. Que no se diga ciudad cuando se diga provincia. Que se diga caudillo, holgazán, borracho. Que se diga distinto. Ignorancia, barbarie. Rancherío y pobreza. Que se diga llanura, polvo y siesta, atraso; que se diga territorio amenazante. Que se diga salvajes.

Y así se dijo.

En los diarios, en los libros.

Todo lo que no fue ciudad capital fue territorio salvaje.

El siglo XX trae la ciudad burguesa y la ciudad burguesa se proyecta, más que nunca, en metrópoli europea. Hay que borrar ese pasado colonial. Nuestro continente, a los ojos de esas capitales, ya no es un lugar geográfico. Somos un eslabón del país conti-

mental mercantilista. Las capitales dicen que ellas son el progreso. Allá, en las provincias, no está la modernidad sino el estancamiento. Se dice provincia y se dice estancar. Se dice pueblo: pueblo para nombrar ese territorio que sin embargo, en algún momento, ha sido también alcanzado por la cultura del capital. Alcanzado en silencio. De ese silencio emerge su fisonomía otra, sus habitantes complejos. Porque esos tentáculos han alcanzado las geografías de provincia y a sus habitantes. Pero nadie les ha permitido hablar. Mientras tanto, en las capitales, la nueva burguesía habla. Está más despersonalizada y anónima. Ya no añora ser Europa: en el siglo xx, esa burguesía siente que *es* Europa. Anda a los codazos por las calles no ya en la búsqueda de encarnar la civilización, porque ya la ha alcanzado: lo que busca es encarnar la *clase*. La busca en el trabajo, en la universidad. Se siente, además, el nombre propio del ser nacional. En Argentina, el burgués que está en la capital es el argentino. Lo otro —no *el otro*, sino *lo otro*, eso que está tierra afuera de las fronteras de la capital— es la manifestación impura de lo salvaje. El burgués de metrópoli se piensa a sí mismo en blanco; a todo lo demás, le pone el rostro *indígena* —lo indígena, lo salvaje—. Romero:

La reacción inmediata de los sectores que representaban el progresismo y la mentalidad burguesa fue la que se manifestó en las campañas militares como la que en Argentina encabezó el general Roca, o las que promovió Porfirio Díaz en Sonora y Yucatán, o la que terminó con la guerra de Canudos en Brasil. Todo lo que se oponía al desarrollo lineal y acelerado del mundo urbano europeizado era condenable, constituía una rémora y merecía ser eliminado. Juiciosos sociólogos convenían en que nada podía obtenerse de las degradadas poblaciones aborígenes. En su libro *Nuestra América*, el argentino Carlos Octavio Bunge terminaba bendiciendo el alcoholismo, la viruela y la tuberculosis que dieztaba a las poblaciones indígenas y africanas; el boliviano Alcides Arguedas declaraba en *Pueblo enfermo* que el indio “hoy día, ignorante, degradado, miserable, es objeto de la explotación general y de la general antipatía y oyendo a su alma repleta de odios, desahoga sus

pasiones y roba, mata, asesina con saña atroz”. Solo la sociedad integrada dentro del sistema económico que controlaba el mundo urbano y civilizado constituía el ámbito que era necesario promover, aquel donde los cambios desencadenaban nuevos cambios, en un incesante proceso que traía consigo no solo el bienestar de la humanidad sino también el ascenso de los mejores.

Entonces había un plan, América Latina.

Esta red de ciudades.

Este plexo nervioso en el que vivimos.

Ciudades como tierra fértil para el desarrollo del capital.

Esa geografía que nos atraviesa.

Ciudades por todas partes.

Pero territorio adentro: que esas ciudades no se notaran.

Decidieron esconderlas.

Desnombrarlas y nombrarlas a su antojo.

Al interior, las ciudades fueron territorios salvajes.

Los libros te escriben: hablan de tus ciudades.

Pero cuando tienen que escribir tu entramado otro —ese que está en las ciudades de media altura, las *ciudades invisibles*—, la imagen es la de lo salvaje.

La provincia como territorio rural: nunca como ciudad.

Nunca como ciudad.

¿Cómo contamos el lugar que habitamos? ¿América Latina puede ser reducida a campos polvorientos, pueblos perdidos en el mapa y personajes condenados a la brutalidad? ¿De qué modo las historias que repetimos moldean la forma en que vemos a nuestra región? ¿Qué pasaría si empezáramos a narrarnos de otra manera?

Tierra acostumbrada es una larga conversación epistolar con América Latina. De forma crítica, María Lobo indaga en los motivos por los cuales escritores y escritoras de nuestro continente insisten en representarla como una sucesión de pueblos rurales y en situar lo rural en el lugar simbólico del peligro y la violencia. A través de un diálogo con la historia, la teoría literaria y la experiencia personal, revisa los mecanismos culturales que invisibilizaron las ciudades “de media altura” y fijaron a la provincia como un espacio salvaje en el imaginario popular. A partir de nociones como la levedad de Italo Calvino, el fantaseo de Sam Shepard y la idea de cristalización de Tomás Eloy Martínez, junto con las miradas de Gabriela Wiener y Eduardo Muslip, propone otras formas de nombrar y habitar el presente.

Con un lenguaje sensible, lúcido y atento a las capas de sentido que conforman algunas formas de las identidades latinoamericanas, *Tierra acostumbrada* permite desmontar estereotipos y reconocer las huellas urbanas y culturales que atraviesan incluso los paisajes más apartados. Una invitación a pensar cómo contamos —y cómo queremos contar— la tierra que habitamos.

ISBN 978-987-719-617-7



9 789877 196177